

EL MUNDO HISPANICO EN EL SIGLO DE LAS LUCES

Actas del Coloquio Internacional
“Unidad y diversidad en el
mundo hispánico del siglo XVIII”



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

SEPARATA



Editorial Complutense

La filosofía y el conocimiento teórico de la literatura a fines del siglo XVIII

M.^a JOSÉ RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN

Universidad de Salamanca

“¿Y por ventura no pertenece también la filosofía a los estudios del literato? [...] No la creáis ajena ni distante de ellos; porque todo está unido y enlazado en el plan de los conocimientos humanos”, M. G. de Jovellanos, Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias, Obras en prosa, ed. J. M. Caso (Madrid, Castalia, 1976), p. 218.

La necesidad de contemplar el estudio teórico de la literatura en el contexto general de las ciencias humanas constituyó a lo largo de todo el siglo XVIII motivo de especulación y debate. La literatura, como las restantes disciplinas, buscó estrategias para teorizar en función de la universalidad y comparabilidad de las bellas letras con los objetos, los métodos y los planteamientos epistemológicos empleados por otras materias. Pero el hallazgo de la generalidad de la literatura entrañaba grandes dificultades. A pesar de que el racionalismo matemático y físico y los métodos experimentales habían difundido la creencia en un modelo ideal y universal según el cual toda disciplina podía ser conocida y descrita, su aplicación al dominio de las bellas letras no hizo sino revelar su singularidad.

En efecto, en el último cuarto del siglo XVIII y las primeras décadas de la siguiente centuria se produjo en España una crisis en la consideración tradicional de la literatura y, en general, de los estudios literarios de la que derivaron importantes consecuencias. La literatura se contempló como una disciplina de carácter filosófico y científico y, por consiguiente, susceptible de ser analizada conforme a los fundamentos metodológicos y epistemológicos propios de cualquier saber que se preciara de «científico». Pero, al mismo tiempo, esta asimilación epistemológica con las ciencias experimentales o naturales demostró que el fin y objeto de la literatura no eran en absoluto comparables al de tales disciplinas. Más aún, en tanto que ciencia social la literatura se reveló como una materia que, además de obedecer a sus propias leyes, modificaba sus bases teóricas en función de la variabilidad de las circunstancias históricas. Como resultado de estas premisas, el estudio teórico de la literatura buscó a fines del siglo XVIII un «lenguaje universal» que,

si bien le permitió elevarse a la categoría de ciencia, descubrió asimismo que en su particularidad radicaba la auténtica razón de su existencia. Así pues, el propósito de estas páginas consiste en mostrar cómo al acabar el siglo que nos ocupa surgió entre los teóricos de la literatura una nueva reacción antiescolástica cuyo fin último consistió en propugnar una formulación filosófica del conocimiento literario y cómo de ésta derivó la inclusión de la teoría de la literatura entre las ciencias que contribuyen al progreso del hombre y de la sociedad¹.

En líneas generales, el conocido como método científico se caracterizaba por oponerse a la sistematización escolástica y al deductismo lógico. El estudio de las ciencias debía fundamentarse en la observación de los hechos, la reiteración de las experiencias y el posterior estudio comparativo de los resultados obtenidos². La fijación de categorías, el principio de autoridad y la comprobación de hipótesis formuladas *a priori* constituían impedimentos para el descubrimiento científico de la verdad. La constatación de este hecho se tradujo en el descrédito de los sistemas silogísticos y del sofismo filosófico y en el reconocimiento, por parte de las disciplinas científicas, de la deuda contraída con el pensamiento de Bacon, cuya formulación filosófica del procedimiento inductivo le reportó el título de padre de toda la ciencia moderna³.

¹ Cuestión aparte es, según he comentado en otros trabajos que aquí se citarán, que la literatura asuma y transmita unos valores sociopolíticos más o menos conformes con la oficialidad. A este respecto, este trabajo sólo constituye una reflexión sobre el hecho de que la atribución a la literatura de una determinada utilidad social o política conforme a los cambios de la sociedad española de comienzos de siglo, exigía comenzar por llevar a cabo una renovación metodológica.

² Sin embargo, el abate ANDRÉS se dio cuenta de los perjuicios que el abandono total de la formulación de hipótesis estaba causando al avance de las ciencias:

*“La cultura de nuestro siglo ha hecho también que se abandonen los sistemas y que no se haga caso de las hipótesis. Esto, que ciertamente es un fruto de la mayor ilustración de la filosofía moderna, acarrea algún daño al adelantamiento de las ciencias [...]. Y así las hipótesis bien examinadas han ayudado mucho al descubrimiento de la verdad, y el despreciarlas, según al presente se hace [...], no puede dejar de retardar el progreso de las ciencias”, *Disertación sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos. Dicha en la Real Academia de Ciencias i Buenas Letras de Mantua [...] i traducida del italiano por Don Carlos Andrés*. Madrid, Imp. Real, 1783, pp. 31 y 33.*

Juan Andrés postula un acertado punto medio en que las suposiciones científicas se corroboren con la observación y la experiencia y se sometan a la razón.

³ “Él fue —decía apasionadamente JOVELLANOS— quien con intrépida resolución y fuerte brazo quebrantó los cerrojos que tantos esfuerzos y tantos siglos no pudieron descubrir; él fue quien aterró al monstruo de las categorías, y sustituyendo la inducción al silogismo, y el análisis a la síntesis, allanó el camino de la investigación de la verdad y franqueó las avenidas de la sabiduría; él fue quien primero enseñó a dudar, a examinar los hechos, y a inquirir en ellos mismos la razón de su existencia y sus fenómenos”, *Oración sobre el estudio de las ciencias naturales*, ed. cit., p. 224.

Respecto de las bellas letras, el proceder filosófico del pensador inglés demostraba igualmente la ineficacia metodológica del escolasticismo⁴. La sistemática reunión de reglas y preceptos y la distribución categórica del conocimiento estorbaba la evolución del saber conforme a fundamentos más sólidos. “Hasta aquí la elocuencia –se quejaba Capmany en su *Filosofía de la Elocuencia* (1777)– se había tratado entre nosotros como un nuevo arte, fundado más en preceptos que en principios, más en definiciones que en ejemplos y más en especulaciones que en el movimiento de los afectos”⁵. La ausencia de explicaciones racionales en los tradicionales *corpus* de preceptiva, la falta de visión crítica en las historias literarias y, en definitiva, el uso de la erudición y la imposición de la autoridad como únicos argumentos intelectuales y críticos invalidaban el esfuerzo realizado por adentrarse en los dominios de la verdad. De hecho, como reconoció Jovellanos, el valor del método fundado por Aristóteles estribaba tan sólo en que la organización sistemática de las ideas favorecía la retención memorística:

“[...] El método de investigación señalado por Aristóteles extravió la filosofía del conocimiento de la verdad. [...] Es, sin duda, muy ingenioso su sistema de categorías y predicamentos, y lo es también el artificio de sus silogismos; pero la aplicación de uno y otro fue equivocada y perniciosa. Su método sintético es admirable para convencer del error; pero no para descubrir la verdad; es admirable para comunicarla, pero inútil para inquirirla”⁶.

Esta toma de conciencia transformó, ya en los últimos años del Setecientos, los criterios con los que tradicionalmente se había trabajado en el campo de lo que hoy llamaríamos la investigación literaria. En función de una renovada sensibilidad y, sobre todo, de una percepción filosófica y crítica del hecho literario, el hombre de letras finisecular advierte la necesidad

Las alusiones al magisterio ejercido por la filosofía de Bacon y los elogios a su persona se reiteran con frecuencia en España, particularmente a partir de que el padre Feijóo admirara su renuncia al principio de autoridad de la filosofía aristotélica, *vid.* “Mérito y fortuna de Aristóteles y sus escritos” y “Argumentos de autoridad”, *Theatro Crítico Universal*, IV y VIII, respectivamente.

⁴ Los efectos del método escolástico sobre las bellas letras y la moral fueron expuestos en una colaboración publicada por el periódico madrileño *El Regañón General*, donde se dice:

“Los estudios escolásticos de algún tiempo a esta parte han influido mucho en su corrupción y, en el día, a pesar de los esfuerzos y del celo del Gobierno por adelantarlas y ponerlas a lo menos al nivel de las otras naciones, son un obstáculo que mientras subsista no lograremos que florezca en nuestra patria este estudio deliciosísimo”, “Disertación sobre la influencia de las bellas letras en la formación de un buen carácter moral”. *El Regañón General*, 1803, p. 100.

Vid. asimismo los comentarios contenidos en las *Cartas* sobre el escolasticismo en el mismo periódico, *Idem*, 1803, núm. 32, pp. 255-256, y núm. 33 (21 sept.), pp. 257-261.

⁵ A. de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*. Madrid, Antonio de Sancha, 1777, p. VIII.

⁶ JOVELLANOS, *Oración sobre el estudio de las ciencias naturales*, ed. cit., p. 224.

de acabar de una vez por todas con la idea de que la literatura, en sentido estricto, constituía una ciencia especulativa⁷. El estudio de las bellas letras se corresponde con los presupuestos de una ciencia experimental cuya auténtica razón de ser se encuentra en la educación del gusto crítico de la sociedad, es decir, en la ilustración de la opinión pública en el conocimiento de la verdad. En consecuencia, dicho estudio deja de concebirse como pura labor de erudición para entenderse como indagación filosófica de la naturaleza humana dirigida a la formación del espíritu crítico⁸. Así pues, ni las obras de preceptiva constituirán un simple método para hablar o escribir con propiedad⁹, ni las historias literarias un mero relato cronológico de obras y autores¹⁰. El estudio de las leyes del arte y el examen de sus progresos responderá a una "utilidad positiva" de la literatura, como defendió Trigueros¹¹ y testimonia Munárriz:

⁷ Sin duda, uno de los teóricos que más luchó por convertir la especulación literaria en una ciencia experimental y práctica fue ARTEAGA:

"Pasó —dice en sus *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*— [...] el tiempo en que las vanas especulaciones usurpasen el indebido nombre de verdadera doctrina. La jerigonza escolástica [...] ha caído con el desprecio que se merece [...]. De aquí nace que las ciencias se han convertido poco a poco en experimentales. Los grandes escritores de filosofía moral van conociendo que el mejor modo de tratarla [es] el de estudiar la naturaleza del hombre siguiéndola en las varias modificaciones que puede recibir de la educación, del clima, de la religión, de las leyes y demás circunstancias. [...] Si esto sucede en las ciencias que tienen por objeto la especulación, ¿con cuánto mayor motivo se debe procurar suceda en lo que toca a las bellas artes y bellas letras, cuyo último fin es la práctica?", ed. M. Batllori, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, p. 10.

⁸ "[...] La erudición —comenta ARRIETA—, para ser verdaderamente estimable, necesita ser ilustrada por el espíritu filosófico, mas no se la debe apreciar por sí misma". Abate BATTEUX, *Principios filosóficos de la Literatura, o curso razonado de Bellas Letras y de Bellas Artes. [...] Traducida al castellano e ilustrada con algunas notas críticas y varios apéndices sobre la literatura española por D. Agustín García de Arrieta*. Madrid, Imp. de Sancha, 1800, IX, p. 280.

⁹ "Los escritores de retórica y poética —dice SÁNCHEZ BARBERO— hallan en todo preceptos que dar, en todo figuras que explicar", *Principios de Retórica y Poética*, Madrid, Imp. de la Real Beneficencia, 1805, p. 140. Sobre esta obra, *vid.* mi trabajo "Los principios de Retórica y Poética de Francisco Sánchez Barbero (1764-1891) en el contexto de la preceptiva de su época". *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1992, pp. 1439-1450.

¹⁰ Idea precisa de lo que nunca debía ser un historiador de la literatura, ni siquiera considerándola una disciplina auxiliar próxima a la bibliografía, nos la ofrece Cándido M.^a TRIGUEROS: "Un colector de fechas, un copiante, o un mero formador de índices de nombres, sin directa conexión interna con las varias materias que son objeto de esta historia", *Discurso sobre el estudio metódico de la historia literaria para servir de introducción a los primeros ejercicios públicos de ella, que en los días 23, 24 y 25 se tuvieron en la biblioteca de los estudios de esta Corte*, Madrid, Imp. de Benito Cano, 1790. Una exposición semejante puede leerse en el informe suscrito por Miguel de MANUEL y Francisco MESEGUER en diciembre de 1785, elaborado a propósito de la apertura de la cátedra de Historia Literaria en el Colegio Imperial. En ambos casos, consúltense la edición de J. SIMÓN DÍAZ, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*. Madrid, CSIC, 1959, II, pp. 269-278 y 125-128, respectivamente. La cita de Trigueros en p. 271 y sobre este *Discurso*, *vid.* F. AGUILAR PIÑAL, *Un escritor ilustrado: Cándido M.^a Trigueros*. Madrid, CSIC, 1987, pp. 307-311.

¹¹ *Vid.* TRIGUEROS, *Idem*, p. 271.

"[...] *El mérito de estos estudios no consiste sólo en el aparato que puede hacerse de ellos. El ejercicio del gusto y de la sana crítica es una de las ocupaciones que más perfeccionan el entendimiento y aplicar los principios del buen sentido a la composición y al discurso, examinar lo que es bello y por qué, emplearnos en distinguir lo precioso de lo sólido, contribuye no poco a hacernos adelantar en la filosofía de la naturaleza humana*"¹².

De este modo, el conocimiento de la literatura se convierte poco a poco en una disciplina cuya misión consiste en contribuir al progreso del arte y de la humanidad educando la opinión pública a través del análisis racional de los fundamentos literarios y la valoración crítica de las obras de arte.

Mas el mismo considerar las artes del lenguaje instrumento para la propagación del buen gusto¹³ y de la sana crítica, imponía la recurrencia a nuevos métodos. Munárriz, el traductor español de la poética de Blair, aseguraba en nombre propio y del autor traducido que, así como las civilizaciones adelantan según mejora la formación intelectual de sus individuos, de la misma manera el estadio de evolución de aquéllas determina la consideración social de las bellas letras y el método que habrá de emplearse para lograr su avance:

*"El aprecio que se ha hecho de él [del estudio de las bellas letras] puede tomarse, a la verdad, como una señal de los progresos de la sociedad, porque según se adelanta y florece ésta, los hombres adquieren mayor influencia por el raciocinio y el discurso y, según se extiende esta influencia, ponen por precisión mayor cuidado en los métodos de expresar sus conceptos con propiedad y elegancia"*¹⁴.

Entre el conocimiento de las bellas letras, el desarrollo de la civilización y la educación de la opinión pública se establece así una estrecha relación en la que la utilidad de los estudios literarios depende de la eficacia ilustradora de la metodología empleada. Resultaba evidente que las obras de preceptiva poética y las historias de la literatura debían acabar con la erudición

¹² H. BLAIR, *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras, las tradujo del inglés don José Luis Munárriz*. Madrid, Antonio Cruzado, 1798, p. 11.

¹³ Entre los principales requisitos que las bellas letras debían acatar se contaba el que la representación literaria de la moral y las costumbres obedeciera las reglas del «buen gusto». En las obras de arte y de literatura la exigencia de moralidad implicaba la familiarización de los individuos y de las civilizaciones con los presupuestos éticos y estéticos implícitos en la noción de «buen gusto», entendiéndose por tal aquella disposición del espíritu capaz de distinguir con certeza lo verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo. Vid. BATTEUX, *Principios filosóficos de la Literatura*, I, p. 53.

¹⁴ *Idem*, pp. 2-3. Vid. también p. 10. Vid. M.^a J. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, "Batteux y Blair en la vida literaria española a comienzos del siglo XIX". *Entre Siglos*, 2, ed. E. Caldera y R. Froidi, Roma, Bulzoni, 1993, pp. 227-235.

retórica de que gustaba la escolástica. La finalidad instructiva que justificaba su existencia e incluso su proliferación, así como la instauración de cátedras para su estudio¹⁵, implicaba el veto de los autores de dicha clase de obras a una caduca estimación de los estudios literarios e incluso a una apreciación anticuada de su propio trabajo.

Los preceptistas y los historiadores de la literatura debían asumir la importancia de su labor y la complejidad de llevarla a buen término. De unos y de otros se requiere una amplia formación intelectual que, bajo ningún pretexto, podía reducirse a los estrechos límites del conocimiento erudito¹⁶. La significación de su labor docente y, como es obvio, la aplicación de métodos nuevos compromete al preceptista y al historiador a complementar las nociones literarias con el desarrollo de aptitudes intelectuales y críticas. La preparación de que debe disponer el historiador no se le esconde a Trigueros:

“[...] Este conocimiento [...] no puede adquirirle ninguno sino [...] leyendo con incesante tarea innumerables libros dictados en diversas lenguas, con distintos y aun contrarios fines, por hombres de un genio, de una verdad, de un saber y de un partido muy diferente en unos que en otros, extractando siempre, no perdiendo jamás de vista las reglas de la crítica, examinando las fuentes de todas las aserciones, las conexiones de las doctrinas con las respectivas necesidades de los estudiosos, y los inconvenientes que del uso común de tales libros pueden resultar al adelantamiento de cada estudio determinado”¹⁷.

La tradicional figura del preceptista-legislador de las poéticas y retóricas tradicionales¹⁸ y la del historiador-cronista de las exhaustivas pero incon-

¹⁵ Vid., además de la *Oración* citada de Jovellanos, la *Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las Universidades de España (1 de abril de 1767)*, ed. M. y J. L. Peset, Oliva, Ayuntamiento, 1975, y los planteamientos reformistas de Pedro P. de OLAVIDE, *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla*, ed. F. Aguilar Piñal, Sevilla, Universidad, 1989², y lo comentado sobre las cátedras de Poética, Retórica e Historia Literaria por SIMÓN DÍAZ, *Historia del Colegio Imperial*, II, pp. 83-134.

¹⁶ Sobre el concepto de erudición, su crédito y descrédito en el siglo XVIII, vid. P. ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*. Madrid, Academia Española, 1992, pp. 464-482.

¹⁷ TRIGUEROS, *Discurso sobre el estudio metódico de la historia literaria*, ed. cit., p. 275.

¹⁸ Contra esta figura clásica del preceptista y los áridos e inútiles tratados escolásticos, que hallaron un fiel representante en el padre Hornero, lucharon, a principios del siglo XIX, Quintana, Sánchez Barbero, Munárriz, Arrieta. Vid. los comentarios de M[anuel] J[osé] Q[UINTANA], “Literatura. Crítica. *Lecciones sobre la Retórica y Bellas Letras*, por Hugo Blair, traducido del inglés por Don Josef Luis Munárriz: segunda edición”. *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, II, 1805, núm. VI, pp. 345-365.

clusas historias literarias del pasado¹⁹ debían mudarse por la del verdadero crítico literario. El saber en materia de literatura había de ser escrito, como apuntaba Mayans en su *Retórica*, por: "eruditos críticos, cuyo fin es el conocimiento de los libros para usar bien de ellos"²⁰. El "erudito crítico" mayansiano se convierte en el versado hombre de letras cuyas cualidades analíticas le capacitan para juzgar con certeza el valor y la significación de las composiciones literarias y le habilitan para desvelar la verdad al entendimiento²¹. El comportamiento de quienes se ocuparían de estudiar y, desde luego, de enseñar las verdades de la literatura respondía, por consiguiente, a las características del «filósofo»²².

De acuerdo con esto, la filosofía se estimó como portadora del único método de trabajo que facilitaba al hombre, en virtud de su condición de ser sensible, racional y moral, un conocimiento útil, verdadero y profundo de la literatura. En otras palabras, la filosofía servía para explicar los principios de la teoría literaria y los fundamentos de la crítica en virtud de la naturaleza intelectual y espiritual del ser humano. Como comenta Arrieta en el "Prólogo" al *Batteux* castellano:

¹⁹ Tal era el caso de la erudita e inacabada obra de Rafael y Pedro RODRÍGUEZ MOHEDANO, *Historia literaria de España, origen, progresos, decadencia y restauración de la literatura española, etc., con la vida de los hombres sabios de esta nación, juicio crítico de sus obras, extractos y apologías de algunas de ellas, etc., para desengaño e instrucción de la juventud española*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1766-1785. Vid. I. URZAINQUI, "El concepto de «historia literaria» en el siglo XVIII". *Homenaje al Prof. Álvaro Galmés de Fuentes*, Oviedo, Gredos/Universidad de Oviedo, 1987, III, pp. 565-589 (en especial p. 572), y J. MATEU IBARS, "Invitación para recordar manuscritos sobre ilustrados españoles: Pedro y Rafael Mohedano y su *Historia literaria de España*". *Haciendo Historia. Homenaje al Prof. Carlos Seco*. Madrid, Universidad Complutense/Universitat de Barcelona, 1989, pp. 143-149.

²⁰ G. MAYANS y SISCAR, *Retórica*. Valencia, José y Tomás de Orga, 1786², p. 503. Citado por URZAINQUI, *Idem*, p. 577. Sobre el adjetivo «crítico», vid. ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas*, pp. 533-536.

²¹ Vid. D. ABBOTT, "Mayans and the Emergence of a Modern Rhetoric". *Dieciocho*, 4 (1981), pp. 155-163; y J. PÉREZ MAGALLÓN, *En torno a las ideas literarias de Mayans*. Alicante, Instituto Juan Gil Albert/Diputación, 1991, pp. 87-130.

²² Vid. SÁNCHEZ BARBERO, *Principios de Retórica y Poética*, p. 4. La consideración del preceptista como filósofo debe relacionarse con el planteamiento enciclopedista. Como es sabido, Diderot dirige la *Encyclopédie* alentado por la idea de ofrecer al público una exposición razonada y actual de las materias que integran el conocimiento humano. Su propósito es formar «filósofos», es decir, hombres capaces de discurrir sobre cualquier asunto que les inquiete. Vid. las condiciones que le convienen expuestas en "Carácter del verdadero filósofo. Artículo comunicado y traducido del francés". *Efemérides de la Ilustración de España*, 1804, t. II, núm. 300 (2 nov.), pp. 1261-1262; núm. 301 (6 nov.), pp. 1263-1264, reproducido en el Apéndice, capítulo 3, núm. 1. Para comprender el sentido que la ilustración atribuyó a los términos «filosofía» y «filósofo», vid. el artículo de C. RINCÓN, "Sobre la ilustración española. Filosofía-Filósofo". *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 261 (1972), pp. 553-576, y ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas*, pp. 454-461.

*“El estudio de la literatura es más profundo y filosófico de lo que se cree comúnmente. La razón, cuando está ilustrada con los conocimientos necesarios para discernir lo que desagrada en una obra de gusto, abraza toda la metafísica del espíritu y del corazón [...]. Pero una cosa es sentir las bellezas y otra conocer el manantial y principio de ellas: aquello se llama gozar, esto saber”*²³.

De la cita se desprende que la enseñanza filosófica de la literatura tenía por objeto la educación del género humano partiendo de los fundamentos gnoseológicos que explicaban la procedencia de nuestras ideas. El conocimiento filosófico de las bellas letras y, por lo tanto, la formación del gusto se explica como un proceso que comienza por predisponer a la captación de la belleza cuantas facultades intelectivas o sensitivas intervienen en la percepción de una obra de arte. Así, la filosofía es empleada, en primer término, para inclinar los afectos del corazón hacia los más refinados sentimientos²⁴. El segundo paso consistiría en considerar nuestras reiteradas experiencias de la belleza y observar su conformidad con los fundamentos de la razón y del buen gusto. Supone, por tanto, establecer principios generales acerca de la belleza partiendo de las experiencias de la misma²⁵. Finalmente, la última fase del proceso estribará en la fijación de las reglas conforme a las que crear obras de arte o, en su caso, con las que juzgar las excelencias de las composiciones literarias²⁶.

Así pues, la filosofía demostraba que el origen de la teoría literaria y de la crítica, como el del conocimiento en general, se encontraba en la experiencia y particularmente en la experiencia de lo bello²⁷. Las leyes de la retórica y la poética, e igualmente los principios de la crítica, no procedían de una inducción apriorística, sino que constituían verdades verificadas por la experiencia²⁸.

De cuanto venimos afirmando puede deducirse que la utilidad concedida en los albores del siglo XIX al estudio teórico de la literatura estuvo en

²³ BAITTEUX, *Principios filosóficos de la literatura*, I, pp. XIV-XV.

²⁴ En este sentido, hay que recordar que D'Alembert consideró el gusto en literatura como el talento que permitía distinguir en las obras de arte lo que agradaba y desagradaba a las almas sensibles. Es decir, el gusto actúa como juez de la belleza. Vid. una detallada explicación de la misma en los artículos titulados “Beau” y “Goût” de la *Encyclopédie* y los respectivos Apéndices sobre lo bello y el gusto, incluidos por SÁNCHEZ BARBERO en sus *Principios de Retórica y Poética*, pp. 283-297 y 298-309.

²⁵ Vid. BLAIR, *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras*, I, p. 46.

²⁶ Vid. *idem*, I, p. 47. A este respecto, conviene observar que aquellos teóricos que defendían la comprensión filosófica de la literatura advertían que así también hubo de proceder Aristóteles, pues su código de las reglas poéticas no podía ser sino una sistematización realizada a partir de la observación de las obras poéticas.

²⁷ Vid. *idem*.

²⁸ Vid. *idem*, I, p. 46.

buena medida determinada por la aplicación a ésta de los fundamentos gno-seológicos de la no en vano llamada «sana filosofía»²⁹. «*La afición a las obras de ingenio y el estudio de las ciencias exactas*—escribía a este respecto García de Arrieta— *han sucedido entre nosotros al gusto de nuestros padres por las materias de erudición*»³⁰. La filosofía, y particularmente las teorías de Condillac y sus discípulos, se ofrecieron como el único medio que, al demostrar empíricamente el verdadero origen de los principios de la literatura, aseguraba la formación del gusto crítico de la sociedad de acuerdo, por supuesto, con las normas institucionales que garantizaban la convivencia y el progreso de la sociedad civil. Quiere esto decir que sólo aquellos textos, tratados de preceptiva poética, historias de la literatura y, por supuesto, crónicas literarias, que se rigieran por los principios de la filosofía, resultarían realmente útiles para educar literaria y moralmente a la sociedad. De ahí que, teniendo en cuenta que «*la verdadera crítica es la aplicación del gusto y del buen sentido a las bellas artes*»³¹, convertir en filosófico el estudio de las bellas letras implicara emplear los medios que la filosofía ponía a su alcance para «*señalar al hombre la mejora de su naturaleza como ser inteligente, y sus deberes como sujeto a la obligación moral*»³².

Desde esta perspectiva, el planteamiento filosófico de los estudios literarios tiene interés para la historia de la crítica literaria por cuanto, por una parte, vinculó el renacimiento de la estimación social del conocimiento teórico de la literatura y el establecimiento de los principios de la crítica propiamente dicha con el desarrollo de una corriente de investigación literaria que difería de la tradicional y, por otra, porque la instauración de los principios de la creación y de la censura de las obras de arte se amparó en la veracidad que como ciencia filosófica se le atribuye.

La corriente filosófica del estudio literario tuvo sus antecedentes más inmediatos, del lado de la preceptiva, en la antes citada publicación en 1777 de la *Filosofía de la Elocuencia* de Capmany y, respecto de la historia literaria, en el ambicioso proyecto del abate Andrés de realizar un estudio erudito, científico y sistemático *Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura*³³. Sin embargo, no adquiriría su forma definitiva hasta la apari-

²⁹ Con el adjetivo «sana» aplicado a la filosofía se pretendía descartar todo sentido peyorativo que tuvo el término al asociarse al librepensamiento y la irreligiosidad. Vid. ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas*, pp. 454-461. Muy elocuente en la diferenciación de las cualidades que conviene al filósofo y sobre el sentido que debe darse al término filosofía resulta el artículo de VALLELA, «El Filósofo. Carta». *El Regañón General*, 1804, núm. 31 (18 abr.), p. 248, y núm. 32 (21 abr.), pp. 255.

³⁰ BATTEUX, *Principios filosóficos de la literatura*, IX, p. 268.

³¹ BLAIR, *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras*, I, p. 46.

³² *Idem*, I, p. 12.

³³ La edición italiana del texto del abate ANDRÉS, Parma, Dalla Stamperia Reale, 1782/1798, en siete volúmenes, empezó a publicarse en castellano casi paralelamente gracias a la traduc-

ción de las mencionadas traducciones castellanas de los *Principios filosóficos de la Literatura* del abate Batteux y de las *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras* del escocés Hugo Blair³⁴. La explícita voluntad del abate español de comprender de forma crítica y progresiva la historia de la literatura³⁵ y el deseo de Capmany de introducir el espíritu filosófico de la *Encyclopédie*³⁶, se completaron con la instauración definitiva por parte de García de Arrieta y José Luis Munárriz del útil criterio filosófico elegido por sus traducidos:

“Teníamos nosotros –declara Arrieta en el “Prólogo”– *más necesidad que ninguna otra nación de una obra de esta naturaleza, pues [...] nada se ha escrito sobre la filosofía de éstas [las Bellas Artes y las Bellas Letras], y esto es lo único que, junto con la imitación de buenos modelos, puede regenerar entre nosotros el buen gusto de nuestros antiguos y célebres maestros. Sería a la verdad una vergonzosa mengua [...] carecer por más tiempo de una obra que enseñando su filosofía, propaga al mismo tiempo el buen gusto y la cultura entre todas las clases*”³⁷.

ción de Carlos Andrés. Se inició en Madrid el año 1784 en las prensas de Antonio Sancha y se acabó el décimo y último volumen en 1806. La obra de CAPMANY se reeditó, con algunas modificaciones, en Londres, H. Bryer, 1812.

³⁴ Vid. A. SORIA OLMEDO, “Notas sobre Hugo Blair y la retórica española del siglo XIX”. *Estudios sobre literatura y arte dedicados al Prof. Emilio Orozco Díaz*, Granada, Universidad, 1979, III, pp. 363-368, y I. URZAINQUI, “Batteux español”. *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, ed. F. Lafarga, Barcelona, PPV, 1989, pp. 239-260, y mi trabajo “Batteux y Blair en la vida literaria española a comienzos del siglo XIX”.

³⁵ La intención que albergaba su trabajo consistía en conseguir: “Una *historia crítica* de las vicisitudes que ha sufrido la literatura en todos tiempos y en todas las naciones; un *cuadro filosófico* de los progresos que, desde su origen hasta el día de hoy, ha hecho en todos y en cada uno de sus ramos; un retrato del estado en que se encuentra actualmente después del estudio de tantos siglos; una perspectiva, digámoslo así, de los adelantamientos que le faltan que hacer todavía [...]”, *Origen, progresos y estado actual*, I, p. I. Vid. la misma idea repetida en p. II.

Sin embargo, parece que el deseo del jesuita fue más una intención que un resultado. TRIGUEROS, aunque eligió el libro del abate Andrés como texto-guía para los alumnos del Colegio Imperial, reconoció que el objeto del autor no fue escribir unas lecciones de historia literaria y que, por lo mismo, “no tiene método, brevedad y complemento que para tal objeto son necesarias, y muy extensa en algunos puntos, es demasiado concisa en otro, y de otros no dice cosa alguna”, *Discurso sobre el estudio metódico de la historia literaria*, ed. cit., p. 277. En cambio, de muy distinto parecer fueron MESEGUER y MANUEL, que calificaron de “excelente” y “común” el método expositivo empleado en la obra (vid. SIMÓN DÍAZ, *Historia del Colegio Imperial*, II, p. 127). Por su parte, MENÉNDEZ PELAYO censura el proceder sintético de Juan Andrés, su falta de análisis y su interés vulgarizador heredado de la *Enciclopedia (Ideas estéticas)*, I, pp. 1319-1322).

³⁶ Vid. J. CHECA BELTRÁN, “Una retórica enciclopedista del siglo XVIII: *La Filosofía de la elocuencia* de Capmany”. *Revista de Literatura*, L (1988), núm. 99, pp. 61-89.

³⁷ BATTEUX, *Principios filosóficos de la literatura*, I, pp. XX-XXII. Pocas líneas antes, ARRIETA explica:

En la declaración de intenciones que precede a ambos textos, los respectivos traductores justifican la labor del preceptista en función de la necesidad social de conocer filosóficamente los principios éticos y estéticos del buen gusto. La constitución de una sociedad de hombres instruidos en sus principios y consiguientemente en un correcto sentido crítico, requiere de sus ciudadanos el estudio de las bellas letras conforme a las leyes de la filosofía³⁸. Significa esto que las naciones se perfeccionan y los ciudadanos se

“Esta sólida doctrina prueba hasta la evidencia cuán importantes son las Bellas Artes y las Bellas Letras en la sociedad y, por consiguiente, la utilidad que proporciona a todo un pueblo una obra que, sacando de la naturaleza sus principios esenciales, dé una clara y verdadera idea de ellas e inspire un verdadero gusto”, pp. XIII-XIV.

No puede pasarse por alto la obra de Luzán. En el “Prólogo al lector” asegura que “[...] lo que yo digo en esta obra acerca de la poesía y de sus reglas, lo fundo en razones evidentes y en la autoridad venerable de los hombres más sabios y afamados en esta materia”, *Poética*, ed. cit., p. 98. Esta última parte de su trabajo la convirtió más en una obra erudita que filosófica a los ojos de sus colegas. No obstante, FRANCISCO FERNÁNDEZ y GONZÁLEZ no duda en referirse a la obra de Luzán en estos términos:

“[...] Dejadas aparte sus excesivas pretensiones eruditas, las cuales tocan principalmente a la forma de exposición, es lo cierto que el libro mostraba un sabor decididamente filosófico y de espíritu moderno, encaminado a establecer sobre bases de evidencia racional los principios de la crítica y la literatura”, *Historia de la crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días*. Madrid, Imp. de Gómez Fuentenebro, 1867, p. 14.

³⁸ Por su parte, el historiador de la literatura también debe seguir los principios de la filosofía para que su trabajo resulte útil:

“Si la Historia Literaria ha de ser materia digna de un estudio exacto y metódico —aconseja TRIGUEROS en 1790—, solamente puede serlo dirigiéndose a la común utilidad de los estudiosos. [...] Para ser verdaderamente útil [...] es necesario que averigüe las causas, o civiles, o morales, o físicas, que produjeron aquellos efectos; en una palabra, para que sea loable la Historia Literaria que se estudie, debe ser *filosófica, completa, breve, imparcial y verdadera*”. *Discurso sobre el estudio metódico de la historia literaria*, ed. cit., p. 373.

El historiador de la literatura tenía que dar a conocer de forma filosófica cuál había sido el discurrir del gusto literario de una nación. En ocasiones, la crítica de las obras nacionales careció de rigor crítico como consecuencia de un exacerbado patriotismo, cuyo caso más llamativo se encuentra en las apologías de la literatura nacional a que dieron lugar las famosas acusaciones de Masson de Morvilliers. Según defendió LISTA en 1828, sólo el conocimiento de la historia literaria nacional evitaría humillaciones a la nación:

“La necesidad de nuestra historia literaria se prueba no sólo por el principio general de que toda nación civilizada debe conocer sus títulos [...], sino también porque es necesario evitar que se repita el escándalo que produjo en el siglo pasado el célebre artículo *España* de la *Enciclopedia*”. *Discurso sobre la importancia de nuestra historia literaria, leído en la Real Academia de la Historia* (Madrid, 1828), ed. de H. JURETSCHKE, *Vida y obra y pensamiento de Alberto Lista*. Madrid, CSIC, 1951, p. 476.

La preocupación por hacer filosófico el estudio de la historia de la literatura camina paralelamente en la preceptiva poética. A lo largo de las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del siglo XIX se repite dicha voluntad. Recuérdese la propuesta de Manuel M.^a ARJONA, *Plan para una historia filosófica de la Poesía española*, leído en la Academia de Letras Humanas de Sevilla el 19 de diciembre de 1798, reiterada por LÓPEZ SOLER en *El Europeo* de 1823 y los discursos de LISTA en *El Censor*. Sobre el primero, *vid.* R. MORILLO-VELARDE PÉREZ, “El *Plan para una historia filosófica de la poesía española* de Manuel M.^a de Arjona”. *Alfinge*, 2 (1984), pp. 155-161.

educan a medida que se instaura el estudio filosófico de las bellas letras. Dicho de otro modo, las leyes del buen gusto y de la sana crítica se imponen cuando en la sociedad se generaliza el estudio filosófico de la literatura³⁹. “*Todo lo que ayuda al ingenio para ejecutar bien –dice Munárriz–, ayudará al gusto para criticar con exactitud*”⁴⁰.

Desde los años en que vieron la luz en nuestra nación los tratados de Batteux y Blair, los manuales de preceptiva poética y las historias literarias que exponían su teoría conforme al método filosófico, se exhibieron como las obras en donde debe instruirse el gusto crítico de la sociedad, comenzando por los más jóvenes. Se establece así, de un lado, una adecuación de las obras de teoría literaria a las nuevas exigencias político-sociales con la que se pretende que el conocimiento de la literatura trascienda a la vida ciudadana y, de otra, una dependencia directa del estudio de la literatura respecto del desarrollo del buen gusto.

En este sentido, conviene reparar en el hecho de que sobre la consideración social del estudio de la literatura incida primeramente su inclusión en los planes de educación en las escuelas y universidades; en segundo lugar, el importante papel que la literatura desarrolla en la vida civil⁴¹ y, en un tercero, la profesionalización de la labor del hombre de letras. Se asegura que todo hombre instruido y evidentemente todo profesional de las bellas letras, léase escritor, teórico o crítico literario, ha de poseer un cierto grado de conocimiento en materia literaria y, lo que es más importante, disponer del sentido del gusto que sólo el estudio teórico de la literatura le proporciona. En las sociedades cultas el hombre común actúa en calidad de receptor y juez de obras literarias, por lo que ha de constituirse, como el escritor y el crítico, en portador del ideal social del buen gusto. En cualquier sociedad que se precie se debe contar con hombres educados en las bellas letras cuya misión, bien desde el ejercicio de su profesión o bien como mero especta-

³⁹ Vid. MUNÁRRIZ, “Introducción”, *Compendio de las Lecciones sobre la Retórica y las Bellas letras*. Madrid, J. Ibarra, 1815, p. i. Se reeditó en fechas ideológicamente tan señaladas como fueron los años 1822 y 1868.

⁴⁰ BLAIR, *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas letras*, p. 10. “[...] ¿De qué sirve la retórica?, ¿de qué la poética? –se pregunta SÁNCHEZ BARBERO–. Sirven para señalar el rumbo de las pasiones y de la fantasía; sirven para dirigir las sin amortiguar su vuelo; sirven para ponernos a la vista los derrumbamientos en que otros se despeñaron, y en que nosotros podemos caer, si no vamos fuertemente sostenidos por la crítica y guiados por el buen gusto [...]”, *Principios de Retórica y Poética*, p. 5.

⁴¹ “En un siglo en que las obras de ingenio y de la literatura son asunto frecuente de la conversación, en que cualquiera se cree juez, y cuando apenas podemos mezclarnos entre gentes cultas sin tomar parte en semejantes discusiones, estos estudios adquieren sin duda nueva importancia por el uso a que pueden aplicarse, suministrándonos materiales para estas conversaciones de moda, y disponiéndonos de este modo a ocupar un buen lugar en la vida social”, BLAIR, *Idem*, p. 11.

dor de obras de arte, se dirija a impedir que el mal gusto se apodere de la literatura o, lo que vendría a ser lo mismo, de la vida civil. La crítica, profesional o no, tendría por objeto contribuir al progreso del arte y de la humanidad mediante el análisis y la valoración de los méritos o deméritos de una obra de arte en virtud de una sensibilidad educada en una comunidad de intereses de los que habrían de participar tanto el artista como sus censores (crítico profesional o público). Esto significa que el artista y el crítico, al crear una obra de arte o al enjuiciarla, deben tomar en consideración los mismos criterios estéticos y éticos de modo que ambos contribuyan con su esfuerzo a la consolidación de un único ideal artístico y moral que la sociedad (o, más bien, ciertos sectores de ella) reconoce como afortunado.

La relevancia adquirida por el estudio teórico del arte y de la literatura a fines del XVIII estriba fundamentalmente en que su conocimiento filosófico provoca la vindicación social e ideológica de sus principios⁴². En las naciones cultas existe un acuerdo tácito de los ciudadanos inteligentes acerca de las condiciones estéticas y morales que deben cumplir las obras de gusto. En definitiva, el estudio de la literatura sirve para instituir los fundamentos de la crítica, esto es, fija como criterio crítico estable aquel gusto que se muestra conforme a las reglas del arte y los principios de la razón⁴³. De igual suerte, la relación entre la metodología empleada y la instrucción del gusto presupone la veracidad de lo preconizado en todo tratado de teoría literaria que se ajuste a los principios del conocimiento filosófico. Resulta así que, al acusarse de la decadencia del buen gusto a la falta de filosofía en la enseñanza escolástica de las bellas letras, se afirma la legitimidad del sentido del gusto acreditado mediante el conocimiento filosófico de la literatura. En este sentido, puede leerse en las adiciones de García de Arrieta al tratado de Batteux: "*La opinión pública es como un río que corre incesantemente y depone su cieno. Llega un tiempo en que sus aguas purificadas son el más fiel reflejo que pueden consultar las artes*"⁴⁴. Con ello se aspiraba a conseguir una sociedad cuyo cultivado entendimiento y recto juicio sostuvieran al tiempo que amparaban los principios estéticos, éticos y políticos implícitos en la ambigua y polivante noción de buen gusto.

⁴² En palabras de Arrieta: "en lo mucho que importa a un pueblo culto tener una verdadera idea, al menos en general, de sus naturales principios y adquirir lo que se llama *buen gusto* o el discernimiento de lo bueno y de lo malo en cada una de ellas", BATTEUX, *Principios filosóficos de la literatura*, I, p. IX. *Vid.*, además, p. XVI.

⁴³ *Vid.* BLAIR, *Lecciones de sobre la Retórica y las Bellas Letras*, pp. 10-11.

⁴⁴ BATTEUX, *Principios filosóficos de la literatura*, IX, p. 325.